

pronunciar estas últimas palabras, espiró tranquilamente en manos de sus hijos el sábado 4 de octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, el veinte y nueve de su conversion, y diez y nueve de la fundacion de su orden.

Apenas espiró san Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su benditísima alma, exhalando aquel un suavísimo olor que llenó de fragancia toda la celda. No se oía por las calles de Asís otra cosa que estas palabras: *Murió el santo*. Todos vieron á su satisfaccion las sagradas llagas ó señales de las suyas que habia impreso nuestro Señor en manos, piés y costado de nuestro santo. Fué llevado el santo cuerpo primero al convento de San Damian, que era el de santa Clara, para satisfacer su devocion y la de sus hijas; y de allí fué conducido como en triunfo á la iglesia de San Jorje, donde habia sido bautizado, y donde se le dió sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el papa Gregorio IX, antes cardenal Hugolino, grande amigo del santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años despues, el de 1228, el dia 17 de julio, con extraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las funciones de la canonizacion, se abrieron los cimientos de una magnífica iglesia, y el mismo papa quiso poner la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y el de 1230, cuando se celebraba el capítulo general, fué trasladado el santo cuerpo á la nueva basilica el dia 25 de mayo, colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Encontróse el cuerpo entero, y sin haberse descarnado ni consumido, y se dice que se conserva de la misma manera sin corrupcion, manteniéndose en pié sin ningun arrimo, con los ojos abiertos, y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida.

Doscientos veinte y tres años despues de su muerte, el de 1449, le vió en esta misma postura el papa Nicolao V, acompañado de un cardenal, de un obispo, de su secretario, del guardian del convento y de tres religiosos, como todo consta de auténtico instrumento.

Aunque este gran santo no se aplicó mucho al estudio de las ciencias humanas, lo suplió Dios con la luz sobrenatural y con la ciencia infusa que le comunicó, no menos que con los divinos arcanos que se le manifestaban en la íntima y continua comunicacion que tenia con el Señor. Además de eso, tenia una excelente capacidad, y poseia una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras y en todos sus modales, en sus *sermones*, en sus *conferencias espirituales*, en sus *instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el testamento de san Francisco*, en sus *cánticos espirituales*, en sus *advertencias*; y en algunas otras obras devotas de nuestro santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los santos, que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Asís de Umbria, la fiesta de san Francisco, confesor, fundador del orden de los hermanos menores, cuya vida llena de santidad y de milagros ha sido descrita por san Buenaventura.

En Corinto, la fiesta de san Crispo y de san Cayo, de quienes habla san Pablo en su epístola á los Corintios.

En Egipto, san Marco y san Marciano, su hermano,

mártires, y un sinnúmero de mártires, de toda edad y de todo sexo, de los cuales unos, despues de haber sido azotados, otros, despues de haber sufrido horribles tormentos de toda especie, fueron entregados á las llamas; unos fueron precipitados al mar; otros, decapitados; muchos murieron de hambre; otros fueron ahorcados; y hasta algunos fueron colgados cabeza abajo. Asi consiguieron todos la corona del martirio.

En Damasco, san Pedro, obispo y mártir, quien, habiendo sido acusado ante el principe de los Agarenos de enseñar la fe de Jesucristo, se vió cortar la lengua, los piés y las manos, consumando su martirio clavado en una cruz.

En Alejandria, los santos presbiteros y santos diáconos Cayo, Fausto, Eusebio, Queremon, Lucio, y sus compañeros, algunos de los cuales, sirviendo á los mártires en la persecucion de Diocleciano, recibieron la recompensa de los mártires.

En Atenas, san Hieroteo, discípulo del apóstol san Pablo.

En Bolonia, san Petrono, obispo y confesor, que resplandeció en sabiduria, milagros y santidad.

En París, santa Aura, virgen.

En Tréveris, san Tirso y sus compañeros, mártires.

En Turena, san Quintín, oriundo de Ville-Parisis, víctima de la castidad en la márgen del rio de Aindreix.

En la Lorena, san Mauvé, obispo de Verdun.

En Moissac en Quercy, san Maufroy, corepiscopo.

En la costa de Génova, san Ampelo, solitario.

Entre los Griegos, santa Calistena, virgen.

En Temoi, san Baulo, apellidado el justo, venerado por los Coptos y por los Etiopes.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Francisci meritis foetu novæ prolis amplificas: tribue nobis ex ejus imitatione terrena despiciere, et cœlestium donorum semper participatione gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que por los merecimientos de san Francisco fecundaste á tu Iglesia con una nueva familia de hijos; danos gracia para despreciar á su imitacion las cosas de la tierra, y para colocar siempre nuestra alegría en la participacion de los dones celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es del cap. 6 de la que escribió san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet: neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cætero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: lejos de mí el gloriarme en otra cosa, que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Asi sea.

NOTA.

«Eran los Gálatas originarios de las Galias de donde salieron algunas tropas de Galos, que, derramándose por la Asia menor, entre las provincias de Capadocia y de Frigia, fijaron en esta su habitación, y desde entonces se comenzó á llamar *Galacia* aquel país. Aunque san Pablo fué el primero que predicó el Evangelio á los gentiles, persuaden muchas razones que san Pedro habia predicado antes el Evangelio á los judíos, los cuales causaron entre los gentiles convertidos aquellas contestaciones y disputas que dieron motivo á esta epístola.»

REFLEXIONES.

No quiera Dios me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pocos cristianos del mundo tienen hoy este lenguaje! Sin embargo, este debiera ser el mas comun á todos los cristianos, ó por lo menos es cierto que ningun otro les conviene mejor. Desde que Jesucristo se dignó consumir el misterio y la obra de nuestra redencion en el ara de la cruz, la cruz debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles. A la verdad, no nos debe distinguir ni la nobleza de la sangre, ni el esplendor del nacimiento. Delante de Dios no constituye nuestro mérito ni la elevacion del puesto que se ocupa, ni la dignidad del empleo que se ejerce, ni la abundancia de los bienes que se poseen y disfrutan. Gloriarse en esta especie de bienes advenedizos, por decirlo así, es hacer vanidad de una gloria extranjera. El valor de esta especie de bienes es arbitrario: segun el espíritu del cristianismo, se consideran bienes fallidos á la hora de la muerte. El que entonces no tiene otros fondos, siempre

muere pobre, ó insolvente, como se dice. La cruz de Jesucristo ennoblece el hombre por toda la eternidad; es un título de distincion, admitido por el mismo Dios; es un insondable fondo de méritos, es un verdadero tesoro, pero tesoro profundamente enterrado para innumerables cristianos. La cruz, dice el Apóstol, es materia de escándalo á los judíos, y asunto de burla á los gentiles; pero pregunto, ¿es hoy mas estimada, ni mas venerada por la mayor parte de los cristianos? *No quiera Dios*, dice el Apóstol, *que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.* Esos grandes del mundo, criados entre el esplendor, las diversiones y los regalos; esas mujeres profanas, eternamente ocupadas en galas, en modas, en vanos pasatiempos y en inutilisimas recreaciones; esos hombres, verdaderos hijos de este siglo, funestas victimas de la ambicion y del interés; esos esclavos de la diversion, que solo toman gusto á lo que lisonjea los sentidos, y fomenta las pasiones; esos ricazos, idólatras del dinero y de los miserables bienes de esta vida; y aun esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con un exquisito esmero en solicitar sus conveniencias, y con un raro primor en procurar todas las comodidades; todas esas gentes que se llaman cristianas, ¿sienten lo mismo que sentia el Apóstol? ¿pueden todas decir con semejante sinceridad: *No quiera Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo?* ¡Y despues de esto, no se podrá comprender cómo es posible que sea tan corto el número de los escogidos!

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, respondens En aquel tiempo, respondió Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine celi, et terræ, sus, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la

quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante e. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

tierra, porque has ocultado estas cosas à los sabios y prudentes, y las has revelado à los parvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel à quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid à mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

DE LA POBREZA EVANGÉLICA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la pobreza evangélica no es puramente de consejo sino de riguroso precepto, puesto que Cristo indistintamente la intima à todos los fieles por estas palabras: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. No se puede entender esta renuncia de un general despojo efectivo de todos los bienes como la hizo san Francisco, y como la hacen todos los religiosos: no pide el Salvador à todos los cristianos este sacrificio; pero indispensablemente pide à todos los que quieren ser sus discípulos que desprendan el corazón de todos los bienes de la tierra; quiere que entre la misma abundancia sean pobres de

afecto y de corazón. Déjanos libre el uso y aun el dominio de los bienes criados; pero nos prohíbe el apego à ellos, y mucho mas el que sean nuestro ídolo. Sé enhorabuena rico, si la divina Providencia quiso que nacieses tal, ó sí, echando Dios su bendición à tu industria, dispuso que lo fueses; pero aunque poseas las riquezas, no apegues à ellas el corazón. Este fué criado para bienes mas preciosos y mas duraderos; y una de dos, ó has de renunciar el título de discípulo de Cristo, ó has de amar los bienes criados con subordinación à los eternos y celestiales. A ninguno exceptúa el oráculo del Hijo de Dios; tanto el príncipe como el vasallo; tanto el padre de familias, como el que no tiene sucesión; tanto el hombre de negocios, como cualquiera otro particular, todos están comprendidos en la generalidad de este precepto. No es un mero consejo de perfección; el apego del corazón à los bienes que se poseen está absolutamente condenado por el Evangelio. Se deben conservar sin duda los bienes adquiridos, y los que Dios nos ha dado: se deben tambien aumentar, todo segun los fines del mismo Dios; pero en poniendo en ellos el corazón, ya pasaron à ser su ídolo. De aquí nace aquella codicia, aquella ambición, aquella avaricia que el Apóstol llama *idolatría*. Hablando en rigor, las riquezas, legítimamente adquiridas, no son las que nos hacen poco cristianos: el afecto y el apego à ellas es el que causa este desorden, y el que hace réprobos à tantos ricos. ¿Cuántos reyes y cuántos príncipes poderosos fueron santos? ¿cuántos santos fueron ricos? No se despojaron de las riquezas sino del apego à ellas. Así como se puede tener apego à los bienes de la tierra, profesando la mas rígida pobreza, y por el mismo hecho dejar de ser discípulo de Cristo, así tambien se puede ser pobre en medio de la abundancia, desprendiendo el corazón de todo afecto à las riquezas por amor de Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera si será hoy muy crecido en el mundo el número de los discípulos de Cristo. ¿Son muchos los hombres acomodados, los hombres ricos que viven desprendidos de este amor, de este apego á los bienes de la tierra? ¿no es el amor á ellos la pasión dominante en toda clase de personas, y en toda suerte de estados? Hoy es el interés el gran resorte, la gran máquina que á todos pone en movimiento. Y esta codicia ¿será prueba de un grande desapego? ¿se solicitan los bienes temporales con mucha tranquilidad y con mucha indiferencia? ¿se poseen sin amor? ¿se pierden con resignación? Y no se podrá decir que las riquezas son el ídolo universal, que, por decirlo así, sustituye entre los cristianos el lugar que ocupan los otros ídolos en el gentilismo? ¿Adónde se fué aquel desprendimiento tan recomendado en el Evangelio, aquel desapego del corazón, tan propio de los discípulos de Cristo? ¿reina por lo menos entre aquellas personas que, consagradas á Dios especial y solemnemente, están obligadas por su mismo estado á no aspirar á otra herencia que á la herencia del Señor? ¿Qué indigna cosa sería si, después de haber dejado por amor de Dios todos sus bienes, conservasen apego y amor á ellos! ¿qué desorden tan lastimoso si subiesen al altar con un corazón profanado por el amor á los bienes temporales! ¿Pero qué impiedad será la de aquellos que, habiendo hecho voto y profesión de pobres, quieren tener las mismas conveniencias que los ricos, gozar de sus comodidades, sin cargar con sus pensiones, y en una palabra, despojarse de todo en público, pero solicitando que nada les falte en secreto! ¿Con qué cara se gloriará de ser discípulo de Cristo el que conserva una pasión y un

apego tan contrario al espíritu del Evangelio? Ciertamente si el desapego del corazón á los bienes temporales es necesario con necesidad de precepto aun á las personas del mundo, ¿con qué tranquilidad de conciencia podrán los eclesiásticos y los religiosos conservar apego á ellos?

No permitais, Señor, que mi corazón se deje jamás prender de esos bienes terrenos. Quiero ser discípulo vuestro, y mediante la asistencia de vuestra divina gracia, quiero también poseer todas las virtudes y todos los requisitos de tal.

JACULATORIAS.

Beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum caelorum. Matth. 5.

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

Divitiæ si affluant, nolite cor apponere. Salm. 61.

Si abundares en riquezas, no pongas tu corazón en ellas.

PROPOSITOS.

1. Siendo Dios el autor de todas las condiciones y de todos los estados de los hombres, ninguno por sí mismo está excluido de la patria celestial. Tanto derecho tienen á ella los ricos como los pobres, y en su misma condición encuentran los medios que han menester para ser santos. La comparación del camello; las fuertes expresiones del Evangelio, que á la verdad son poco ventajosas á los ricos; los anatemas que fulmina la Escritura contra los hombres poderosos y opulentos; todo esto solo prueba la dificultad de salvarse en un estado donde todo tienta y todo lisonjea las pasiones. Pero no son precisamente las riquezas

las que forman esta dificultad, sino el apego del corazón á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazón en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examínate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice san Gregorio, si, en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseído de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á ti. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales; antes quiere que los cuides, que los acrecientes; pero no quiere hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazón sobre este punto; y para esto haz todos los días por la mañana y por la noche un sincero despropio de todos tus bienes á los piés de Jesucristo. Dile con sinceridad que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinación á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2. Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y dile con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fué su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igualdad de humor y de una conducta siempre inalterable es la mejor prueba de tu desasimiento.

DIA QUINTO.

SAN PLACIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

San Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fué encomendado á la disciplina del gran patriarca san Benito, objeto á la sazón de la veneración y de la admiración de toda Italia. A los siete años de su edad le llevó su padre al santo patriarca para que le educase por si mismo en el monasterio de Sublac. No podia menos de producir excelentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Sublac fué la admiración de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él; tan lejos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, superior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fué menester tirar de la rienda á su fervor. Quería Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiración ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar día y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere san Gregorio que, enviándole un día á sacar agua de